

ERNST TOLLER  
Una juventud  
en Alemania

Traducción del alemán de  
PABLO SOROZÁBAL SERRANO

Prólogo de  
CARLOS GARCÍA VELASCO

## ÍNDICE

Prólogo .....	7
Panorama de 1933 .....	37
1. Infancia .....	43
2. Estudiante en Francia .....	73
3. Voluntario de guerra .....	85
4. El frente .....	93
5. Quiero olvidar la guerra .....	111
6. Rebelión .....	115
7. Huelga .....	125
8. Prisión militar .....	135
9. Manicomio .....	145
10. Revolución .....	151
11. La República Soviética bávara .....	163
12. Huida y detención .....	209
13. Una celda, un patio, un muro .....	221
14. Juicio sumarísimo .....	233
15. La faz de nuestro tiempo .....	241
16. Cinco años .....	253
Apéndice: documentos	
I. ....	289
II. ....	306

## EL COMPROMISO POLÍTICO COMO APUESTA TOTAL POR LA VIDA

«REVOLUCIONARIO DEL SENTIMIENTO Y representante legítimo de la generación alemana de la primera posguerra mundial», así definió Klaus Mann a Ernst Toller (Samotschin, Polonia, 1893 - Nueva York, 1939). Toller había hecho de su vida un acto de conciencia apasionada. Superado el breve delirio juvenil que, como a tantos otros alemanes de su generación, le llevó a enrolarse en el ejército del Káiser y participar en la Primera Guerra Mundial, puede decirse que Ernst Toller abrazó la causa de la humanidad en la forma particular de su radicalismo socialista.

Él mismo lo explica en la introducción a sus *Cartas de la prisión*:\* «Cuando el autor, a los veinte años de edad, marchó voluntariamente a la guerra mundial, participaba de la fe de los ciegos y alucinados millones de seres: la patria había sido atacada y la espada debía resolver una justa, más aún, una santa causa. En la escuela había aprendido que la muerte en el campo de batalla es una muerte heroica, y que no es propio del alemán *morirse en la cama*... Pero la guerra reveló su verdadera faz. En aquel espantoso tiempo de la noche y la desesperación, comprendió que la muerte no es el sentido de la vida. Que al hombre, en el corto espacio de tiempo de su fugaz existencia terrestre, se le plantean tareas humanas».

---

\* *Cartas de la prisión*. Ediciones Imán, Buenos Aires, 1942.

Aquel niño perplejo ante la humillación y el antisemitismo que experimentaba en sus propias carnes («mamá, ¿por qué somos judíos?») y el fatalismo ante la pobreza que se cebaba en la familia de su amigo Stanislaus («porque dios lo quiere así»), se había convertido al final de la Primera Guerra Mundial en un adalid de la rebelión contra la desidia de dios y la infamia de los hombres. Un rebelde, en fin, contra la servidumbre voluntaria que nace del miedo a la vida; un «miedo a la vida que socava y roe las entrañas del hombre; este ama la libertad, pero al mismo tiempo la teme y antes prefiere humillarse y forjar sus propios grilletes de siervo que atreverse a actuar y alentar de un modo libre y responsable».

La vida de Toller como la de tantos otros artistas y escritores contemporáneos suyos, está dictada por el sentido de la responsabilidad y la conciencia de su tiempo. Un momento histórico delimitado por la tragedia de la Primera Guerra Mundial y la escalada y triunfo del fascismo. La vida individual, entonces, no tiene otro sentido que el de asumir, sin subterfugios, la tensión dramática que supone una conciencia y una responsabilidad de sí mismo y de su tiempo histórico. De ahí que el compromiso individual del artista, del intelectual —un deber moral contra la dejación de la responsabilidad personal— suponga reprochar a la sociedad alemana su dejarse llevar por la inercia reaccionaria que teñía la República de Weimar y la deriva nihilista que propició la derrota revolucionaria de 1918.

La figura de Toller —una víctima más de Weimar y de su criminal corolario nacionalsocialista— se agranda y revela una consistencia especial, propia de quien se debate permanentemente contra sí mismo, en un denodado esfuerzo por amalgamar compromiso intelectual, estético y social. Peter Weiss pone en boca de uno de sus personajes femeninos palabras de reconocimiento hacia el dramaturgo y luchador político que fue Toller, como alguien que «nunca había intentado adaptarse a las soluciones de emergencia, a las medias tintas... no le había quedado otro remedio que

## PANORAMA DE 1933

RARO ES QUE UNA biografía alcance la complejidad de una existencia individual, muchos perfiles del «hombre total» quedan sin iluminar, todos los momentos, según expresión de Karoline von Günderodes, tienen que definir y hacer comprensible el momento singular, especialmente en un libro que, como este, traza un apunte del hombre en su actividad pública.

No es solo mi juventud lo que aquí se dibuja sino la juventud de una generación y, por añadidura, un trozo de historia contemporánea. Muchos han sido los derroteros seguidos por esta juventud, falsos los dioses y falsos los caudillos a los que ha obedecido, pero constantemente se ha esforzado por lograr el esclarecimiento y por observar los imperativos del espíritu.

Quien quiera comprender el desastre de 1933 debe conocer los acontecimientos de los años 1918 y 1919, que aquí relato.

Los sacrificios y el dolor, el derrumbe y la ruina, el triunfo del enemigo y la desesperación del pueblo, ¿habían hecho que los hombres aprendieran? ¿Habían comprendido los hombres el sentido, la advertencia y el compromiso de aquellos tiempos?

Los republicanos que entregaron la república a sus enemigos.

Los revolucionarios que, atentos solo a sus tesis y consignas, olvidaron la voluntad del hombre y sus decisiones.

Los funcionarios de los sindicatos que, con la mirada puesta en las repletas arcas, no vieron el creciente poderío del enemigo, el cual habría de barrerlos junto con sus arcas.

Los burócratas que ahogaron el espíritu libre, la audacia y la fe.

Los doctrinarios que, inmersos en sus puntillosas disputas, dejaron de señalar al pueblo metas claras y amplias.

Los escritores, que crearon una imagen hiperbólica del obrero en lucha pero perdieron el ánimo al encontrarse con el obrero real, con sus flaquezas y su fuerza, con su pequeñez y su grandeza.

Los políticos realistas, sordos ante la magia de la palabra, ciegos ante el poder de la idea, mudos ante la fuerza del espíritu.

Los fetichistas de la economía, que dieron el calificativo de vicios pequeñoburgueses a las fuerzas morales del pueblo y a los grandes impulsos de los hombres, a sus anhelos de libertad, de justicia y de belleza.

No, en quince años no aprendieron nada; lo olvidaron todo y no aprendieron nada. Volvieron a fracasar, a naufragar, fueron azotados y vejados.

Día a día, mes a mes, año tras año entretuvieron al pueblo con vanas esperanzas, hasta que el pueblo, cansado de vanas esperanzas, buscó consuelo en el desconsuelo.

Triunfa la barbarie, el nacionalismo, el odio racial y la deificación del Estado ciegan los ojos, los sentidos, los corazones.

Muchos lo advirtieron, desde hace años. Advirtieron que si nuestras voces se extinguían, ello sería culpa nuestra, nuestra mayor culpa.

El pueblo espera la salvación de falsos salvadores, no de su propio entendimiento, de su propio trabajo, de su propia responsabilidad. Se regocija de los grilletes que para sí forja por mandato de los dictadores; por el plato de lentejas de unos hueros esplendores vende su libertad y sacrifica su razón.

Pues el pueblo está fatigado de la razón, cansado del pensamiento y de la reflexión. Pregunta: ¿qué ha conseguido la razón en los últimos años? ¿De qué nos sirvieron las ideas y los conociemien-

## I. INFANCIA

FEDERICO EL GRANDE CONCEDIÓ permiso a mi bisabuelo por parte de madre para establecerse en Samotschin, pequeña ciudad del Netzebruch, donde era el único judío. Mi bisabuelo pagó una suma de dinero y a cambio le fue entregado un salvoconducto. Su bisnieto estaba muy orgulloso de este documento, en el que veía una distinción y un encumbramiento nobiliario, y del que se jactaba ante sus compañeros de colegio.

Mi bisabuelo por parte de padre, el cual, al parecer, procedía de España, poseía una finca en la Prusia occidental. A propósito de este bisabuelo contaban las tías que había que servirle la comida en fuentes y platos de oro y que sus caballos comían el forraje en pesebres de plata. Los hijos primero encobraron los pesebres y después platearon las fuentes y los platos. El muchacho soñaba con la legendaria riqueza del bisabuelo: los caballos se comían al viejo y el chico lo presenciaba sin horror y sin compasión, más bien con un inexplicable sentimiento de satisfacción.

En los desvanes de la casa se cubrían de polvo gigantescos y amarillentos infolios. El abuelo los había estudiado de día y a menudo también de noche, mientras la abuela estaba en la tienda, despachaba a los compradores y se ocupaba de la casa y de la cocina. De este negocio se hizo cargo mi padre tras fracasar como alumno de último curso y como farmacéutico.

Samotschin era una ciudad alemana, cosa de la que se sentían orgullosos por igual los protestantes y los judíos. Hablaban con no-

table desprecio de aquellas ciudades de la provincia de Posen en las que predominaban los polacos y los católicos, a los que se metía en el mismo saco. Hasta que se produjo la segunda partición de Polonia no recayó en Prusia la Marca Oriental. Pero los alemanes se consideraban a sí mismos la población autóctona y los verdaderos dueños del país, y a los polacos los tenían por moradores tolerados. Colonos alemanes estaban asentados por doquier en sus rasas aldeas que, cual fortalezas de avanzadilla, se incrustaban en cuña entre las hostiles casas de labranza y predios polacos. Alemanes y polacos se disputaban obstinadamente cada palmo de tierra. A un alemán que vendió tierras a un polaco le hicieron el vacío por traidor.

Los niños llamábamos a los polacos «*polacken*»,\* y creíamos que eran descendientes de Caín, el que matara a Abel y fuera, por ello, estigmatizado por Dios.

En todas las peleas contra los polacos, judíos y alemanes formaban un frente común. Los judíos se sentían pioneros de la cultura alemana. En las pequeñas ciudades, las casas burguesas judías constituían centros intelectuales y en ellas se «cultivaba y se velaba» por la literatura, la filosofía y el arte alemanes con un orgullo que rayaba en lo ridículo. A los polacos, cuyos hijos no tenían permiso para hablar su lengua materna en las escuelas y a cuyos padres el Estado había expropiado la tierra, se les reprochaba que no eran patriotas. El día del cumpleaños del Káiser los judíos se sentaban a la misma mesa con los oficiales de la reserva, la Liga de Excombatientes y la Asociación de Cazadores, bebían cerveza y aguardiente y daban vivas en honor del Káiser Guillermo.

Nací el 1 de diciembre de 1893.

Si rebusco en los recuerdos de infancia se hacen presentes en mi memoria estos episodios:

---

\* El gentilicio normal de polacos es *polen*. *Polacken* cobra un sentido despectivo por su simple rareza. (N. del t.).



## 2. ESTUDIANTE EN FRANCIA

SOY ESTUDIANTE EN GRENOBLE. Cuando me llaman *monsieur* tengo la sensación de ser un aventurero que surca mares lejanos y desembarca en una isla habitada por tribus extrañas. Cada *mademoiselle* es una princesa exótica, misteriosa e insondable. Hago la ronda de los bares, bebo ajeno, que no me gusta, y al hacerlo me doy a mí mismo la sensación de ser muy vicioso. Me siento en el café y me produce gran impresión el hecho de que nadie se quite el sombrero. Pienso, *voilà*, he aquí la impía *Grande Nation*.

Junto a mí se aloja en la pensión una rusa, hija de un ministro. Es muy fea, pero qué importa: es una rusa, probablemente una nihilista. Sabe cómo arrojar bombas, y cuando regrese «se unirá al pueblo» y un día leeré que ha matado a un gran duque. A mi izquierda está alojado un antiguo oficial austríaco, el cual tiene una amiga, una modistilla francesa. El oficial me enseña el abc del hombre de mundo. «Guárdese usted de las estudiantes», me dice, «pues esas filosofan hasta en la cama y además no son vírgenes. Si quiere aprender algo, vaya al burdel, la dueña es una dama del gran mundo, de su coche tiran dos caballos de pura sangre y tiene una cuenta corriente en el Crédit Lyonnais; es mujer que entiende la vida, es una psicóloga, y si le cae usted bien le abriré crédito». Pero yo prefiero acudir a la asociación de estudiantes alemanes. Hablamos sobre Nietzsche y Kant, sentados muy tiesos en nuestras sillas bebemos, con los brazos entrelazados y sacando el pecho para afuera, grandes jarras de cerveza ligera a fin de «sentarnos en

casa»; nos metemos con «la mugre francesa» y nos tenemos por pioneros de una cultura superior. Terminamos la velada abriendo la ventana y cantando «Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt».\* Los franceses se reúnen en la plaza, escuchan nuestros cantos, menean la cabeza y se ríen. Nunca volvemos a casa solos, siempre de dos en dos, pues nos encontramos en el país del «enemigo secular» y nunca puede saberse lo que va a suceder; ganamos la guerra de 1870-71, conquistamos Alsacia y Lorena, y una noche se tomarán la revancha. También hay mujeres en nuestra asociación, profesoras entradas en años, a las que se concedió seis meses de permiso para que hablen francés como francesas, aunque no lo aprenden jamás, ya que su soberbia se lo impide; llevan vestidos reformistas\*\* y zapatos anchos y de tipo higiénico. Nos hacen advertencias en contra de las licenciosas costumbres de este pueblo degenerado y nos exhortan a pensar constantemente en que nosotros tenemos una misión que cumplir.

Frecuento poco la universidad. Me aburren las insulsas clases, la mayoría de los profesores recuerdan a jefes de sección de grandes almacenes, hacen el artículo a los diferentes productos de la cultura oficial y sus frases se parecen a los titulares de los anuncios publicitarios. Grenoble es la universidad propagandística francesa para extranjeros.

Vivo en Francia sin haber abandonado jamás Alemania. En la universidad y durante las comidas, en el café y en las horas vespertinas vivo con alemanes, me reúno con alemanes y olvido lo

---

\* «Alemania, Alemania por encima de todo, por encima de todo en el mundo», comienzo de la letra del himno nacional alemán. (N. del t.).

\*\* Se trata de un tipo de vestimenta en auge en torno al año 1900, caracterizada por su holgura, su comodidad, su sencillez y sentido práctico. (N. del t.).

### 3. VOLUNTARIO DE GUERRA

CUANDO EL TREN ARRIBA a Lindau, en territorio alemán, volvemos a entonar el «*Deutschland, Deutschland über alles*». Saludamos con la mano a los milicianos bávaros de la defensa territorial, que montan guardia en la estación; cada uno de ellos es la patria, la tierra natal; cuando sus barbas ondean al viento, nosotros oímos el susurro de los bosques alemanes. Sudoroso a fuerza de majestad, un tripudo comandante de la reserva corre de un lado a otro y, en mitad de nuestro cántico, su voz de falsete exclama: «¡Nadie se apeel!».

Las barbas ya no ondean. Severos e inaccesibles, los soldados se apostan delante de las portezuelas del vagón. Finalmente se nos da permiso para bajar del tren. Son controlados nuestros pasaportes, nuestros equipajes registrados y nuestro sentimiento rebota contra el muro de cemento del orden. Tras horas y horas de espera somos embarcados en un tren de mercancías. Cada vagón ostenta la inscripción: dieciséis hombres u ocho caballerías. Nos sirven de asiento unos tablones sin desbatar que huelen a resina. Ignoramos a donde nos conduce el tren, pero qué importa el lugar en el que se detenga, puesto que será alguna ciudad alemana.

En mis oídos resuenan todavía las voces de las gentes gritando que Francia había sido agredida; ahora leo en los periódicos alemanes que Alemania ha sido atacada, y lo creo. El canciller del Imperio ha dicho que aviadores franceses arrojaron bombas sobre territorio bávaro y que Alemania ha sido atacada por sorpresa. Y yo lo creo.

En las estaciones nos regalan tarjetas con la efigie del Káiser y la inscripción: «Ya no reconozco a ningún partido».

El Káiser no reconoce ya a ningún partido; helo aquí, en letra impresa; el país ya no tiene razas, todos hablan una sola lengua, todos defienden a una sola madre: Alemania.

Al atravesar los puentes no nos está permitido abrir las ventanillas. «¡Cuidado con los espías!», gritan los carteles. Cuanto más dura el trayecto, tanto más desconfiados nos hacemos. Según parece, los agentes rusos y franceses pululan por doquier. Miro al que está a mi lado, un probo tratante de ganado suave, cuyo enrojecido papo tiembla de excitación. Él me mira a su vez y ambos hundimos en el suelo nuestras miradas compulsivamente. El aire está cargado de una desconfianza que no tiene nada de fraternal.

Me he decidido a no ir primero a casa. En Múnich, ya muy entrada la noche, tenemos que apearnos del tren. Me voy a un hotel. A la mañana siguiente me presentaré voluntario.

No es tan fácil convertirse en soldado. Los cuarteles están repletos de voluntarios. Soy rechazado en la infantería y en la caballería. Tengo que esperar, pues se ha suspendido la admisión de voluntarios. Me pongo a caminar por las calles de Múnich. En el Stachus se ha armado un alboroto. Alguien pretende haber oído hablar en francés a dos mujeres, las cuales son golpeadas. Las mujeres protestan en alemán, dicen que son alemanas, pero de nada les vale. Unos guardias se las llevan a la comisaría con los vestidos llenos de desgarrones, el pelo revuelto y el rostro ensangrentado.

Me siento en un banco del Jardín Inglés. Una brisa tibia acaricia las añosas hayas. Son hayas alemanas. En parte alguna del mundo crecen hayas tan magníficas. Junto a mí está sentado un hombre flaco, del que hasta su nuez, puntiaguda y enorme, me resulta simpática. El hombre se levanta, se marcha y vuelve con otras personas. Contemplo con asombro cómo señalan hacia mí con el dedo y, acto seguido, hacia mi sombrero, cuyo forro, visible para

#### 4. EL FRENTE

NOS DIRIGIMOS AL FRENTE situado más allá de Metz. Al principio las conversaciones se hacen compulsivamente estentóreas. Nos dirigimos palabras estúpidas, obscenas, insensatas; erguimos el cuerpo, estiramos las rodillas y clavamos nuestros ojos con dureza en la noche. Nos sentimos soldados en el frente, jugamos a soldados en el frente; abrimos las cartucheras, contamos la munición con bala y manipulamos los cerrojos de nuestros mosquetones. Las palabras se hacen más quedas, caen gota a gota en el aire denso y estancado. Las luces de los compartimentos se apagan. El tren prosigue su marcha con los faros tapados. Ya nadie habla, respiramos más silenciosamente, la actitud compulsiva se diluye, ya no jugamos a soldados en el frente puesto que oímos el frente. A poco de dejar atrás Metz empieza a retumbar en nuestros oídos. El tren se detiene en vía abierta y nos apeamos. En el lugar hay gente que nos está esperando. Marchamos a través de la noche, la lluvia nos moja la ropa y se deja sentir la opresión de las mochilas. Llegamos a una aldea. Caminamos a través de las calles a trompicones. El jefe golpea con los nudillos en unos postigos y se abre una puerta. Entramos en la cocina de la sección de artillería a la que hemos sido destinados. Un soldado gordo nos da café caliente.

—¡Los tres son voluntarios de guerra! —dice a gritos nuestro jefe.

—Tres idiotas más —dice el cocinero.

Me despierto antes de que se haga de día. Camino por la aldea, paso junto a los carbonizados muros de las casas bombardeadas y me caigo en los agujeros que las granadas han horadado en las calles. La puerta de una iglesia está abierta. Paso a su interior. La luz del día penetra, gris, a través de las vidrieras hechas añicos. Mis pesadas botas resuenan sobre las losas pétreas del suelo. Frente al altar yace un soldado. Al inclinarme sobre él veo que está muerto. Tiene la cabeza abierta por el centro, las dos mitades están separadas como dos gigantescas cáscaras de huevo y el cerebro se extiende por encima como una papilla.

Nuestras piezas de artillería están a media altura frente a Pont à Mousson. Llegamos por la mañana cargados con pucheros de café y pan para la tropa. Los soldados, con el torso desnudo, están sentados delante de los refugios y tienen sus camisas extendidas sobre las rodillas a fin de aplastar los piojos que han anidado en las costuras.

Al acercarme a la batería oigo el zumbido de un aeroplano. La curiosidad me hace detenerme. En la parte baja del fuselaje del aparato distingo el círculo tricolor.

—¡Tirarse al suelo! —grita nuestro jefe.

Silbidos polifónicos. El aviador ha arrojado sobre nuestro grupo dos hatos de pequeños dardos de acero. Todos resultamos ilesos.

—Ni uno ha dado en el blanco —dice nuestro jefe—. Tu predecesor tuvo más suerte —dice dirigiéndose a mí—. Justo cuando estaba en la letrina se le incrustó un trozo de metralla. Ahora está descansando en el hospital.

El puesto de observación está en la hondonada que hay antes de la cima del monte. Miro por el telescopio de tijera y veo las trincheras de los franceses; detrás Pont à Mousson, la ciudad destruida por los bombardeos, y más allá el Mosela que culebrea